

ALGUNAS REFLEXIONES TEOLOGICO - PASTORALES ACERCA DE LA NO CREENCIA PRACTICA

La no creencia práctica no es doctrina ni sistema, sino actitud, comportamiento, estilo de vida, pero con la cual el sacerdote y el teólogo se halla a menudo en convivencia estrecha.

Las siguientes consideraciones son más bien el resultado de una larga experiencia, que de una reflexión especulativa de causas y motivos. Se pueden enumerar los grupos siguientes, sin que con esto se afirme haber agotado el tema:

a) Hay quienes teóricamente aceptan la religión, porque se debe tener una, cualquiera que sea. Para ellos la enseñanza de la Iglesia es algo como una noticia del diario o una teoría o una tradición patriótica que es buena y muy útil, porque la Iglesia es madre de nuestra cultura, guarda un caudal de saber y civilización, sirve para traer clientes al negocio, aumenta los votos electorales, da jerarquía social, inculca moral a los sirvientes y obreros, sirve para poner en vereda a los hijos rebeldes e insoportables. Además la incredulidad sería mal vista en su ambiente social, disgustaría a los de arriba, a la familia, o a la esposa. Por estos motivos y por ellos solos, van a misa, reciben la "hostia", se casan por la Iglesia, encargan el funeral más caro. Estos *fieles del "qué dirán"*, se encuentran también entre los nuestros, en la comisión pro templo, entre los invitados a la mesa de la parroquia, entre los ex-alumnos de nuestros colegios católicos. Pero su actitud no es cristiana. Nunca han hecho la entrega a Dios y a su mensaje, que se llama fe. Por los frutos conoceréis el árbol (*Mt.*, 7, 16) y "la fe sin obras está muerta en sí misma" (*Sant.*, 2, 17). Y las obras de estos "casi fieles" no se distinguen de las de un incrédulo que no ha recibido el mensaje de la moral cristiana. Tienen una perfecta dicotomía entre la religión y los negocios. En el foro interno no dan importancia vital a la religión y se sienten libres delante de Dios y de su Iglesia y les repugna cualquier ley trascendental, que podría oponerse a su manera de ver y de obrar. La fe es para ellos algo circunstancial, situacional, condicionado, que no se acepta a toda costa, sino de lo cual se sirven a discreción.

b) Otro grupo de no creyentes prácticos es el de los "managers" o emprendedores. Proceden consciente o inconscientemente del principio.

“Después de nosotros hay nada o a lo menos no sabemos si habrá algo”. A trabajar, pues, para pasar una vida importante. Si vivimos tan poco, queremos sobrevivir en los hijos, en las obras, en los recuerdos de la nación y en los libros de historia. Este tipo es el “manager”, el que maneja. Están entre los jefes de las grandes empresas, los directores de fábricas, los grandes políticos, técnicos, exploradores, médicos, profesores, etc. No tiene tiempo para Dios y la religión. Tienen presentes las fechas bursátiles, las fichas de su archivo, pero no piensan en la fecha que tiene Dios en su calendario para llamarlos a su juicio. Tienen una fina sensibilidad para los valores del mercado, pero están embotados en cuanto al valor máximo: la salvación total. Su credo es el talonario de los cheques. Saben mejor la bolsa que la Biblia. En lo religioso son neutrales, pero en su negocio, radicales y hasta brutales. Su freno es la pérdida y la ganancia. Confunden la esposa con la secretaria y Dios con el dinero. Eternamente atropellados, atropellan a los demás. No son ateos, porque creen en Dios, pero el diablo también cree en El; citan la Providencia, pero la confunden con viveza y éxito. El no creyente-emprendedor no se halla solamente entre los comerciantes y hombres y mujeres de las altas esferas, sino en todas las capas sociales. Hay empleados y obreros que son así, aunque no con tanta frecuencia.

c) El tercer grupo es el de los estáticos o rutinarios. No son emprendedores ni pretenden perpetuarse. Son autómatas de su profesión, cumplen con su programa de todos los días y disfrutan de la vida cuando pueden y en la medida en que pueden. Este tipo de no creyente no es de sistema, aunque no carezca de cierta lógica y de su propaganda propia. Para ellos todo es relativo, el bien y el mal, la verdad y el error. Toda la vida bien mirada es una contradicción sin solución posible. Lo mejor de la vida es un partido de fútbol, el perfume de una flor, la emoción de una obra de arte o el beso del amor. Si tal indiferente es mujer, su inteligencia es una revista de modas, su corazón una caja de cosméticos y su ideal un tapado de visión.

¿Cuál es nuestra actitud con respecto al indiferente práctico?

a) En general se puede decir que el indiferente tiene bastantes inquietudes intelectuales. Ha ido a la escuela, quizás al secundario y a la universidad, lee diarios, revistas, libros, escucha la radio y ve la televisión, quiere saber lo que pasa en la política, en el comercio, en la técnica, en la ciencia. Tiene su biblioteca, hace viajes, visita museos, muestra un profundo interés con respecto a la suerte de su esposa, de sus hijos, de sus amigos, de su patria. El indiferente en achaques de religión no lo es bajo otros aspectos. Tiene sus preferencias y amores: le gusta la buena mesa, está detrás del dinero. Busca fama en el deporte, en la ciencia, en el foro, en la técnica y el arte. Una ofensa real

o imaginada le quita el sueño. Gasta un dineral en médicos y remedios. Es quizás un mártir de la ciencia, del trabajo, del oficio, se sacrifica por su familia. Si es mujer, le encantan las joyas, los perfumes, los vestidos caros. Sueña con una linda casa y un coche último modelo. Está enamorada, etc. En otras palabras, el indiferente religioso es un interesado de mil cosas. Por otra parte tampoco está seguro de que la religión sea falsa, no la combate, muy al contrario admite gustoso que para otros es una posición ventajosa. El manda sus hijos a los colegios dirigidos por religiosos, lleva a su mujer a misa, prefiere personas de servicio que sean piadosas y por ende honradas. De aquí resulta que admite la posibilidad de que la religión sea verdadera, para él por lo menos es posible que la religión tenga razón, pero no le interesa. Implícitamente concede que es posible que exista un alma inmortal, una vida de ultratumba, un Dios juez del bien y del mal. De manera que podría ser posible —en sí y para él— algo como el cielo, un bien infinito, una felicidad sin límite o algo como el infierno, un mal infinito, una desgracia sin acabar. Y ¡cosa rara! El que tiene tanto afán de saber, no le interesa averiguar, si esta posibilidad es real o no, si es un hecho o una quimera. El que está tan interesado de cosas de menor importancia hace público alarde de su indiferencia religiosa. Esto no es lógico, razonable, sino necio y disparatado. No tiene sentido ni razón.

b) En especial hay que decir:

1) La incredulidad del “casi fiel” o del cristiano del “Qué dirán” no merece refutación, pues es reacción de mentes subalternas y estrechas. ¿No es indigno despreciar a Dios y al mismo tiempo doblar el espinazo delante de los ídolos del tiempo?

2) Son estupendas las obras que realizan a veces los no creyentes emprendedores. ¿Pero vale la pena vivir solamente para esto? Además el mundo construido por estos señores sin amor a Dios, ¿cómo es? Tenemos abundancia de cosechas y de productos, sin embargo las dos terceras partes de la humanidad sufren hambre y desnutrición. Hoy día nadie está separado de los suyos por más de una treintena de horas de vuelo, pero hay un muro de Berlín, una cortina de hierro y otra de bambú. Podemos oír lo que nos cuenta un astronauta desde la Luna, y las naciones no se entienden. La humanidad está harta del “superhombre”. ¿No fueron superhombres los faraones egipcios y los emperadores romanos, que hicieron sus maravillas con la esclavitud de miles? ¿No vivían a lo “superhombre” los príncipes parásitos del renacimiento y los derrochadores de Versailles? ¿No fueron Hitler y Stalin fieles copias de este ideal humano? Los incrédulos activos sin el freno de la fe y de la religión o a lo menos de un valor absoluto y

trascendental no pocas veces son una maldición para la humanidad: ríos de sangre y de lágrimas marcan su paso por la historia, corrupción y bajeza, vanidad y terror, despilfarro y pobreza son sus compañeros frecuentes. Pero gracias a Dios, no todos los incrédulos emprendedores son así. Sin embargo en cada caso hay que decir que por más estuendas que sean las obras que realicen, sin embargo todo su afán y su trabajo quedan limitados a corto espacio y poco tiempo. El hombre tiene una dimensión vertical que apunta hacia la eternidad y lo infinito.

3) Todo lo dicho sobre el "superhombre" se puede aplicar en menor grado al incrédulo rutinario, quien es el peón eterno de aquél. Claro está no hace tanto mal, pero a lo largo se lleva a sí mismo y también a otros a la ruina espiritual. Una bomba hace mucho más mal que una bala de revólver, pero las dos son mortales. Es propiamente cobardía, pánico o escapismo los que empujan al indiferente a meter la cabeza debajo de las sábanas de las cosas materiales y terrenas. ¿No oye él también, a lo menos a veces, la voz de la conciencia, no ve brillar la luz que ilumina a todo hombre que viene a este mundo? (*Jn.*, 1, 9). Pero los matorrales de los problemas diarios ahogan la buena semilla (*Mt.*, 13, 7).

La salvación del incrédulo indiferente suele venir de afuera. El ejemplo de un católico práctico, la paciencia y el amor de una esposa, hija, hermana, etc., piadosas. Lo que más quizás les salva es la cruz. Resulta en cierto modo más fácil vivir sin Dios, cuando la suerte sonríe. Pero he aquí que el dolor de un cáncer se adentra en el cuerpo, que la miseria pasa los umbrales, que la muerte produce un desesperante vacío. Acontecen los grandes fracasos de la vida y sobre todos está allí lo que la teología de la secularización suele llamar "la situación límite" o sea la muerte, pero que entonces no es frontera, sino centro de toda la preocupación y del miedo. Todos los afanes de la vida no pueden impedir que el cabello se vuelva gris y que las fuerzas se vayan... y entonces puede ser que el indiferente en religión al fin se despierte y se pregunte: "...¿y después qué?". Feliz, si encuentra entonces un alma caritativa que sepa dar la respuesta adecuada y encamine una vida de horizonte estrecho hacia la eternidad.

DR. ENRIQUE KÜPERS, CSSR